

«reciente la memoria de la que, tan grande como Berenguela é Isabel «la Católica, si no logró tan altas dichas, arrostró mayores dificultades¹.»

No se pondrá tacha de exageracion en tan cumplido y singular elogio, despues de lo que dejamos narrado. Acordes los historiadores en poner las altas prendas de la Reina Doña María en el aventajado lugar que se merecen ellas, no pierden ocasion de encarecerlas, buscando su origen en los arraigados y nobles sentimientos de un corazon, para tan grandes cosas formado.

El don mas raro, y por consiguiente el de mas valor y precio, érale á Doña María tan peculiar que no hay en su historia ejemplo de haberlo desairado nunca. Pronta siempre en olvidar agravios, cualidad propia de las almas grandes, no supo emplear, una vez siquiera, su talento, su autoridad ni su posicion en tomar desquites, que en cierto modo hubieran sido justificados; y mucho menos se la vió rebajarse al terreno de la venganza. Con sus mas enconados enemigos, con los veleidosos Infantes, guardó siempre una conducta contemporizadora, al par que digna. Desleales á la Reina, conveniales luego que se diese al olvido su deslealtad; y la Reina los acogia con amabilidad y les prodigaba bondades. No parecia sino que en olvidar ofensas tuviese puesta su complacencia.

Y al satisfacer por este medio y sin el menor esfuerzo ni disimulo su propension natural, se hacia grande como muger, porque no daba cabida á los enojos ni rencores; se hacia grande como madre, porque obraba para el bien de su hijo; se hacia grande como Reina, porque lo enderezaba todo al bienestar de los pueblos.

¹ J. M. Quadrado: *Recuerdos y bellezas de España*.

Y ya que dejamos hecha esta cita, no será inoportuno ni ocioso completarla, con la que el erudito escritor mallorquin evacua en la nota que á continuacion transcribimos:

«La reina tiene corona, añade Morales, mas está en hábito honesto, sin tener letra ninguna. Tiene los escudos con castillo y leon, y otros con solo leon, y castillo por orla, que parece fueron las armas de su padre, el Infante D. Alonso de Molina. A ambos lados en la pared estan arcos labrados de follages de yeso, con tumbas no muy grandes de lo mismo, con aquellos escudos de leon y sin letra: son sepulturas de los Infantes sus hijos, como las monjas, por tradicion, refieren.»—«Sin embargo la opinion general es que Don Alfonso y Don Enrique que murieron de menor edad, fueron sepultados en S. Pablo. Morales que visitó las Huelgas nueve años antes de empezarse la iglesia actual, dice que se parece en toda ella ser obra muy antigua.» (*Id. loco citato.*)

Y de que se desvelaba por sus súbditos, dió, entre otras, una convincente prueba, cuando en los primeros años de su regencia se desataron las calamidades del hambre y de la peste sobre el pueblo de Castilla, ya muy affigido con los estragos de las armas. «Corriendo de ciudad en ciudad como un ángel consolador, reparaba los males de la guerra, socorria los enfermos, llevaba pan á los pobres, y recogia por todas partes las bendiciones del pueblo.»

Y si consideramos en Doña María la *Grande* la alteza de otros sentimientos, veremos «que ni las grandes atenciones de la corona, ni los gravisimos negocios de aquel tiempo pudieron distraerla de lo sagrado: antes bien teniendo fija la vista en la causa de Dios y de la Iglesia, logró la firmeza imponderable, con que sin ladearse á la vanidad de la cumbre mundana, ni vacilar en las turbaciones temporales, miraba como único norte lo mas recto, midiéndolo por las Leyes Divinas, y ordenándolo todo á la mayor seguridad de los vasallos. Digna de que la intitulemos muger fuerte, probada y acrisolada en tres reinados, cada uno á cual mas lleno de turbulencias, golfos de tempestades continuas, bajeles agitados de borrascas, pero libres del naufragio por el brazo de una muger, aplicado no al timon solamente, sino al remo: luchando no menos contra las olas de los enemigos, que contra la infidelidad de sus aliados: intitulada muger, para que resalte el acero de un pecho varonil: madre una vez de su hijo Don Fernando, pero mil veces madre á costa de mil dolores en conservarle el reino. Sufrida en tolerar desaires del marido: vencedora hasta en las ingraticudes del hijo. Unos y otros, cuando la seguian, acertaban; tropezaban al apartarse de ella: era pues como pauta del acierto.»

No es mucho por lo tanto que la poesia, formando coro con la historia, haya venido á enaltecer la gran figura de Doña María de Molina, así en los presentes como en anteriores tiempos¹. El célebre poeta

¹ Tirso de Molina tiene escrita, con el título: *La prudencia en la muger*, una preciosa comedia cuya protagonista, justamente enaltecida, es la madre de D. Fernando IV el *Emplazado*; y en nuestros tiempos, el marqués de Molins escribió el drama titulado, *Doña María de Molina*, tan notable como todas las obras en que se ocuparon la bien cortada pluma y el claro ingenio del Sr. Roca de Togores. Con respecto al primero de estos dos ingenios, bien merece que se ponga algun ahineo en la observacion que hacemos.

dramático, Tirso de Molina, hace en breves palabras el mayor encomio de esta reina, retratando su corazón. En los momentos en que Doña María se desprende de la regencia del reino, el poeta pone en boca de la Reina el contraste entre la situación de Leon y Castilla al morir D. Sancho el *Bravo*, y el estado en que D. Fernando IV encontró estos reinos á su advenimiento al trono.

Un solo palmo de tierra
no hallé á vuestra devocion:

dicele Doña María á su hijo; y despues de mostrarle la favorable mudanza que le ha procurado en sus Estados, revela todos los quilates de su patriotismo en los siguientes versos:

de que salgo tan contenta
cuanto pobre, pues por vos
de treinta no tengo dos
villas que me paguen renta.
Pero bien rica he quedado,
pues tanta mi dicha ha sido
que el reino que hallé perdido,
hoy os le vuelvo ganado ¹.

Mas para demostrar lo que pudieron en bien de los pueblos la serenidad de la Reina en los mas apurados conflictos, su entereza ante la deslealtad, y su habilidad en todas circunstancias, basta poner la vista en el tristísimo cuadro de las perturbaciones y desdichas de los propios pueblos, apenas les faltó el poderoso brazo que los venia rigiendo.

Tirso de Molina era muy dado á escarnecer en sus comedias á la muger. Sus obras son por punto general la antítesis del espíritu caballresco, galante y pundonoroso de sus contemporáneos; es raro que en las comedias de Tirso no aparezca el tipo de una muger engañada por algun galán fugitivo, y que prevalida de un disfraz cualquiera le persigue por todas partes; y si esto no, la protagonista es una duquesa ó una dama de alta clase, que se enamora de un galán que pertenece á una clase inferior, y acaba por entregarse á él, haciendo forzoso su casamiento. Sin embargo, Tirso hizo una elocuente excepcion en favor de Doña María de Molina, presentándola como una heroína dotada de grandes cualidades y virtudes.

¹ Véase la nota que antecede.

Hé aquí ese cuadro trazado por un testigo ocular:

«Todos los Ricos-omes, et los caballeros vivian de robos et de «tomas que facian en la tierra, et los tutores consentiángelo por los «aver cada uno de ellos en su ayuda. Et quando algunos de los Ricos- «omes et caballeros se partian de la amistad de alguno de los tutores, «aquél de quien se partian, destroiale todos los logares et los vasallos «que avia, diciendo que lo facia á voz de justicia por el mal que feciera «en cuanto con él estovo: lo cual nunca les estrañaban en quanto «estaban con la su amistad. Otro si todos los de las villas cada unos «en sus lugares eran partidos en vandos, tan bien los que avian tuto- «res, como los que los non avian tomado. Et en las villas que avian «tutores, los que mas podian apremiaban á los otros, tanto porque «avian á catar manera como saliesen del poder de aquel tutor, et «tomasen otro, porque fuesen desfechos et destruidos sus contrarios. «Et algunas villas que non tomaron tutores, los que avian el poder «tomaban las rentas del Rey, et apremiaban los que poco podian, et «echaban pechos desaforados... Et en nenguna parte del regno non se «facia justicia con derecho; et llegaron la tierra á tal estado, que non «osaban andar los omes por los caminos si non armados, et muchos «en una compañía, porque se podiesen defender de los robadores. Et «en los logares que non eran cercados, non moraba nenguno; et en «los logares que eran cercados manteníanse los mas dellos de los «robos et furtos que facian; et en esso tan bien avenian muchos de las «villas, et de los que eran labradores, como los fijos-dalgo: et tanto «era el mal que se facia en la tierra, que aunque fallasen los omes «muertos por los caminos, non lo avian por estraño. Nin otro si avian «por estraño los furtos, et robos, et daños, et males que se facian en «las villas, nin en los caminos. Et demas desto los tutores echaban «muchos pechos desaforados, et servicios en la tierra de cada año, et «por estas razones veno grand hermamiento en las villas del regno, «et en muchos otros logares de los Ricos-omes et de los caballeros. «Et quando el rey ovo á salir de la tutoria, falló el regno muy despo- «blado, et muchos logares yermos: ca con estas maneras muchas de

«las gentes del regno desamparaban heredades, et los logares en que
«vivian, et fueron á poblar á regnos de Aragon et de Portogal ¹.»

Este animado y tristísimo cuadro, realizado en ausencia de
Doña Maria la *Grande*, completa los elogios de la que, en expresion
de un escritor ilustre, supo ser un «noble carácter, ideal y casta
«figura que resalta sobre un fondo monótono de crímenes y de infa-
«mias.»

¹ Crónica de D. Alfonso XI, cap. XI.